

## LA GRAN URBE, LACRA DE LA HUMANIDAD<sup>9</sup>

A los que vemos en el agrarismo un sistema de reforma moral a la vez que económica, y que consideramos la vida en el campo o en la ciudad-jardín como el más apropiado de los ambientes para lograr la Reforma de las costumbres y la mayor fortaleza de la raza, no puede deslumbrarnos la aparatosa civilización urbana, ya que detrás de sus oropeles, alcanzamos a descubrir su llagas ocultas.

Para nosotros, la gran urbe, con sus refinamientos y sus ostentas vanidades, no es más que la decoración teatral que sirve a maravilla al capitalismo para no dejar al desnudo los vicios de su funcionamiento.

En México, población de escaso industrialismo, no hemos llegado aún al nivel de las grandes ciudades europeas, y sin embargo, ya empezamos a soportar una de las peores consecuencias del urbanismo álgido, o sea, la formación de una masa siempre creciente, de hombres sin trabajo.

En las grandes ciudades norteamericanas y europeas, los “sin trabajo” se encuentran por centenares de miles. En Inglaterra hay, en total, dos millones de hombres que no encuentran ocupación y en Estado Unidos la cifra no baja quizá de cuatro o cinco millones.

Tal es una de las complicaciones que resultan del absurdo económico de abandonar el campo, donde hay amplitud y limitada para vivir, al amparo de la explotación de las riquezas naturales para ir a confundirse en el hacinamiento de las grandes metrópolis, donde falta no sólo espacio para la racional convivencia humana, sino también aire sano y respirable.

La punzante actualidad de este problema es tan visible que no pasa día sin que nos hable la prensa de los esfuerzos desesperados que hacen los varios miles de cesantes, para encontrar los medios de vida de una ciudad que empieza ya a sufrir los primeros efectos de una crisis congestiva, y que está incapacitada para proporcionárselos.

9 *El Combate*, México, D.F. 10 de abril de 1925.

Ahora bien, si en el orden económico empezamos apenas a sentir los primeros síntomas del citadismo llegando a su pleno desarrollo, en el orden moral llevamos ya mucho tiempo de perderlos.

La influencia de las ciudades populosas sobre los hombres que las habitan afecta de un modo profundo y dolorosamente corrupto sus costumbres, su carácter, su moral íntima y la orientación total de su vida.

El ser humano, acorralado en la gran urbe por las más diversas tentaciones, acaba siempre y salvo un excepcional control sobre sí propio, por ser presa del vértigo citadino. Después de una lucha más o menos larga, concluye por acudir al llamamiento desesperado de la lujuria, incitada y provocada hora por hora, y minuto a minuto; sucumbe a la atracción del lujo o de las tiránicas pasiones grandes y pequeñas en que es pródiga la civilización urbana; y de claudicación en claudicación, con los FRENOS MORALES cada vez más flojos, va a dar, al fin, al derrumbamiento moral, al vicio, o al crimen, o si es fuerte o es afortunado, a la febril persecución del oro, de las frivolidades deleitosas del placer fácil y enervante, o bien a la cumbre tentadora de la gloria y del poderío mundanos (aquella cumbre histórica desde la cual el espíritu del mal mostró a Cristo, el más grande de los hombres, el miraje deslumbrador de las riquezas y de las concupiscencias humanas).

No es ésta, literatura ni divagación; es la historia de todos los días.

La crónica periodística con su insistencia despiadada e implacable, nos pone diariamente a la vista los crímenes de la ciudad, hijos de ella inspirados por su genio, por su idiosincrasia, por su conformación psicológica.

Hoy, es el cajero que roba, cansado de ser honrado y deseoso de saborear un mes siquiera, los goces de la opulencia, al día siguiente y todos los días, es la legión de doncellas infortunadas que se lanzan al vicio creyendo encontrar en él la satisfacción para su sed de vanidades, fomentada cruelmente por el diario espectáculo de la urbe.

“¿Qué tiene de extraño, preguntaba un periodista en estos días, que un juez se venda cuando niños de diez y doce años asesinan o se suicidan?”

Es en vano hacerse ilusiones y achacar a nuestros movimientos revolucionarios, la existencia de males que reconocen orígenes más profundos. Inglaterra y Estados Unidos no han sufrido hace mucho tiempo, convulsiones revolucionarias y sin embargo, sus ciudades están horriblemente corrompidas, sin que el contagio perdone, allí tampoco, a las mujeres ni a los niños.

Y por lo que hace a la decadencia moral de nuestra ciudad metropolitana, desde la época anterior a la revolución, existe un testimonio irrecusable: el

de Don Francisco Bulnes, hombre cuyas simpatías por el régimen dictatorial fueron notorias.

El nos confiesa por su pintoresco e inimitable lenguaje, que

“frente la escuela laica ignominiosamente dictatorial, se levantaba la escuela convulsionante en los salones de jurados. En ese lugar quedó constituida la gran cátedra para glorificar los más antisociales crímenes, y los profesores de esas demolición de creencias, inoculadas en el pueblo de su periódico tribal, eran por lo común empleados de la Dictadura... Se rendía allí homenaje a los matadores de mujeres; se pedía respeto para los “souteneurs”; se justificaba el impulsivismo de las asesinos, se proclamaba el embeleso para los ladrones ingeniosos. No se ha enseñado a esas masas de las ciudades ningún deber, ningún altar donde sea honroso prosternarse; ningún tribunal que flexione todas las soberbias; ningún relámpago de justicia que ilumine por un momento esos espíritus bestializados...” (“El Verdadero Díaz”, págs. 421 y 422.)

Más adelante agrega:

“los delitos de sangre acreditaron a la ciudad de ser en esa materia delicada y espeluznante, la más criminal del mundo... Esa gran escena de desolación económica, moral e intelectual, estaba decorada con el número de escuderos ordenado por los sacerdotes del Kindergarden, probando la inutilidad de las escuelas del gobierno, cuando la gran escuela del medio social, es la depravación.”

Después de estas tremendas revelaciones hechas por el más ilustre de los defensores de la burguesía mexicana, ¿habrá quien dude todavía de la influencia del ambiente citadino sobre la perversión del sentido moral?

Quien todavía insista en negarlo, que recuerde aquellas insensatas glorificaciones que todos los habitantes de esta ciudad hemos presenciado de dos o tres mujeres galantes, que coronaron su vida de aventuras con el asesinato de sus compañeros de placer.

Que recuerde también aquella increíble apoteosis de la venganza organizada en honor de una niña apenas mujer, que traicionando la delicadeza moral de su sexo, asesinó a un hombre para vengar la muerte de su padre. A esa niña la aplaudió frenéticamente una sociedad que se llama cristiana y que todos los días de la oración máxima pide a Dios (con labios) perdón para los enemigos “perdón para los que son nuestros deudores”.

Pero..., la ciudad no puede ver esto, porque sus placeres y agitaciones no le dejan tiempo para reflexionar.

Precisamente allí radica una de las enormes deficiencias del hombre de la ciudad: en que le faltan medios y oportunidades para concentrarse en sí mismo para estudiarse y para conocerse.

El habitante de la ciudad casi no tiene tiempo para pensar por sí propio. tiene otros que lo hagan por él: su autor favorito, el editorialista de su periódico predilecto o si acaso, el escritor a la moda.

Decía Woodrow Wilson en una de sus mejores obras; que el habitante de la grandes ciudades, obligado a repartir su tiempo entre la oficina, el hogar y la exigencias sociales, apenas sí puede leer, a bordo de su tranvía o del vehículo que lo conduce a su oficina, el diario de la mañana o de la tarde, cuyas noticias y cuyos editoriales devora de prisa y a grandes dosis sin perder siquiera la mayor parte de las veces, asimilarlos ni mucho menos discutirlos.

Por eso, a la larga, las ciudades suelen matar la originalidad. En ellas se acostumbran poco a poco los hombres a no tomarse el trabajo de estudiar por sí mismos, los problemas sociales y morales que la humanidad se plantea, sino que prefieren aceptar, perezosamente y por una especie de inercia mental las opiniones y las doctrinas que otros le sirven ya confeccionadas.

Y sin embargo, los grandes pensadores y los grandes videntes han sido en todas las épocas hombres de recogimiento y de soledad.

Desde Cristo hasta Goethe y hasta Tolstoi, las verdaderas nuevas las verdades revolucionarias que han llenado de luz al mundo, no han sido encontradas por los hombres de gabinete, ni mucho menos por los turbulentos espíritus citadinos. Han sido arrancadas del alma universal por hombres que supieron hurtar a ésta sus arcanos, yendo a refugiarse al fondo de los desiertos, a la placidez de los campos que invitan a la meditación, o a las altas montañas que sugieren los pensamientos elevado o las poderosas intuiciones creadoras.

Nada de esto puede lograrse en el bullicio de las modernas babilonias; y ello no obstante, nunca como ahora han necesitado tanto la humanidad de hombres-guías que les señalen el camino por entre el dédalo de las contradicciones y de los conflictos contemporáneos.

¿Cómo resolver por sí mismo el problema que la humanidad tiene ante sí?...

Y a los fundadores de la Roma Clásica habían señalado los peligros. Y a ellos reaccionaron enérgicamente contra la disolución de las costumbres en el seno de las grandes ciudades, como si presintiesen el abandono de la

austeridad republicana, habría de ser el origen del catástrofe de lo que después fue el Imperio de los Césares.

Para evitar desenlace análogo a la civilización contemporánea que tantas trazas lleva de acabar como terminó el paganismo romano, bien vale la pena de estudiar soluciones, de rectificar caminos, de buscar la manera de cambiar los odres viejos para que puedan contener el vino nuevo.